

ANA GRANDAL (Madrid)



Madrid, 1969. Es traductora científica y audiovisual *freelance*. Ha publicado las colecciones de microrrelatos *Te amo, destrúyeme* (2015) y *Hola, te quiero, ya no, adiós* (2017) en Amargord Ediciones, donde también coedita la compilación de relatos *La vida es un bar (Vallekas)* (2016). Colabora en las revistas digitales *La Ignorancia* y *La Charva Literaria*.

www.anagrandal.com

RELOJ

Tic-tac, tic-tac, suena su corazón.

Han quedado a las siete.

Son las ocho menos cuarto.

MENSAJE DE LAS ESTRELLAS

No hace falta que nadie me lo diga, que ya me lo digo yo: soy tonta. Hoy es tres de agosto, son las diez en punto de la noche, y es el octavo año en que una botella de cava descansa sobre la mesa del porche de esta maravillosa casa rural, esperando ser abierta para escanciar un brindis de celebración.

Solo que, en esta ocasión, nadie me acompaña.

Podría decir en mi descargo que ya teníamos cerrada la reserva desde el verano pasado o que un par de días de aire puro en plena naturaleza son, para mí, un placer irrenunciable. Pero para qué engañarse. Ha sido la nostalgia lo que me ha traído de vuelta, la misma que ahora empaña mi mirada cuando la dirijo al cielo en busca de nuestra estrella.

Nuestra estrella. Como enamorados bobos que éramos, decidimos escoger para nosotros uno de estos cuerpos celestes, la primera noche que pasamos aquí, en romántica metáfora de nuestro amor. En la noche estival brilla nítida la constelación de la Lira. Vega, su estrella principal, refulge con fuerza, pero no quisimos otorgarle más poderío de el que ya tiene, así que nos decantamos por *Kappa Lyrae*, una motita de luz valiente que solo es posible contemplar en atmósferas lípidas como la de esta sierra.

Pero, por más que fuerzo la vista, mi pequeño astro no aparece. Me enjugo las lágrimas y lo vuelvo a intentar. Imposible, mis ojos siguen inundándose de agua salada. Y, de pronto, ese empecinado mutismo sideral me hace comprender todo lo que este sufrimiento tan inútil me está impidiendo disfrutar.

Descorcho la botella, lleno una de las dos copas altas y me ofrezco un trago a mi salud. Y me prometo a mí misma que el año que viene me hermanaré con otra estrella, la que yo elija. Estoy pensando en la constelación del Ave Fénix. Claro que para eso, no podré retornar aquí. No importa, siempre he querido viajar al hemisferio sur.